

John O'Farrell

# El hombre que olvidó a su mujer

Traducción del inglés de  
Eva Cruz

alevosía 

Para Lily

# Capítulo 1

Recuerdo que cuando era pequeño solía ver *Su media naranja*. Todos lo veíamos, como si no hubiera más alternativa que tragárselo y aguantarse. Ahora que lo pienso, lo mismo pasaba con aquellos matrimonios que salían en el programa: se aguantaban y punto. Evidentemente, para nosotros, *Su media naranja* no era el momentazo cultural de la semana; no corríamos al colegio a la mañana siguiente a compartir nuestra indignación porque Geoff de Coventry no supiera que la comida extranjera favorita de Julie fueran los espaguetis. Sin embargo, no cuestionábamos por qué veíamos aquella procesión de parejas sin glamur pasar por la vergüenza menor de revelar esos pequeños detalles que desconocían el uno del otro. O, peor aún, de revelar que no había en la vida de su otra mitad nada que ignorasen.

Si la cadena ITV hubiera querido aumentar un poco sus índices de audiencia, tal vez deberían haber investigado con disimulo un poco más los detalles importantes que los cónyuges ignoraban. «Entonces, Geoff, por el premio estrella de la noche, crees que para Julie la mejor manera de pasar la noche del sábado es A) ¿Ver la tele? B) ¿Ir al cine? O tal vez C) Quedar en secreto con su amante, Gerald, que por lo menos le pregunta de vez en cuando qué tal le ha ido el día.»

Pero el subtexto de *Su Media Naranja* era que un matrimonio consistía precisamente en esto: en conocerse realmente bien el uno al otro, y nada más. Que el otro te resultara muy familiar. Los tarjetones de San Valentín llenos de corazones deberían de-

cir: «Estoy superacostumbrado a ti» o: «El amor es... saber cada maldita cosa que vas a decir antes incluso de que la digas». Como dos condenados a cadena perpetua que comparten celda, que pasan tanto tiempo en compañía de la otra persona que, en realidad, no debería quedar nada que pudiera sorprender a ninguno de los dos.

Mi matrimonio no era así.

Muchos maridos olvidan cosas. Olvidan que esa mañana sus mujeres tienen una reunión importante, se olvidan de recoger la ropa de la tintorería o se olvidan de comprar a su esposa un regalo de cumpleaños, hasta que pasan por la tienda de la gasolinera la noche anterior. A las esposas las saca de quicio que los hombres estén tan centrados en sí mismos que puedan pasar por alto un acontecimiento significativo en la vida de su otra mitad o una fecha clave del calendario matrimonial.

No es que yo fuera despistado. A mí lo que me pasó fue que me olvidé completamente de quién era mi mujer. De su nombre, de su cara, de nuestra historia en común, de todas las cosas que me había contado en su vida, de todo lo que yo le había dicho a ella... todo se borró, dejándome sin noción alguna incluso de su misma existencia. En *Su media naranja* no me hubiera ido muy bien. Según saliera de la cabina insonorizada la despampanante azafata acompañando a mi mujer, yo ya estaría perdiendo puntos por preguntar con cuál de las dos estaba casado. Por lo visto, las mujeres odian esas cosas.

En mi defensa puedo decir que no solo olvidé a mi mujer, también olvidé todo lo demás. Cuando digo: «Recuerdo que solía ver *Su media naranja*», para mí es una afirmación bastante trascendental. La frase «Yo recuerdo» no siempre estuvo en mi vocabulario. Hubo un periodo de mi vida en que a lo mejor tenía conciencia de aquel programa de televisión, pero no hubiera tenido ningún recuerdo personal de haberlo visto jamás. Durante la época oscura de mi amnesia fui muy equitativo: tampoco tenía la menor idea de quién era yo. No tenía recuerdos de amigos, familia, experiencias personales o identidad; ni siquiera conocía mi propio nombre. En

un primer momento, cuando me pasó, hasta miré a ver si había una etiqueta con mi nombre en el interior de mi chaqueta. Pero solo venía la marca Gap, que significa ‘hueco’.

Mi estrambótico despertar ocurrió en un vagón del metro de Londres en algún punto después de haber emergido a la luz del día, mientras nos íbamos parando absurdamente en no-lugares que no parecían tener claro si eran las afueras de Londres o los suburbios del aeropuerto de Heathrow.

Esa tarde lloviznaba y yo aún conservaba la vaga idea de que era otoño. No hubo una luz cegadora ni un subidón de energía eufórica, solo me fue envolviendo la inquietante sensación de no saber dónde estaba. El vagón de metro vibraba, y cuando arrancó de nuevo me di cuenta de que no tenía ni idea de por qué hacía ese viaje. «Hounslow East», decía el cartel por fuera de la mugrienta ventana cuando el tren se detuvo, pero ni se bajó ni se subió nadie. Tal vez esto no fuera más que un apagón mental pasajero; tal vez todo el mundo se quedara en blanco al llegar a Hounslow East.

Pero entonces me di cuenta de que no solo no sabía a dónde iba, sino que tampoco recordaba de dónde venía. ¿Estoy yendo al trabajo? ¿Pero en qué trabajo? No lo sé. Empezó a crecer el pánico dentro de mí. No estoy bien; necesito irme a casa y meterme en la cama. ¿Dónde está mi casa? No sé dónde vivo. ¡Piensa! ¡Piensa, te tienes que acordar!

«Venga, ...», dije en voz alta, con intención de llamarme a mí mismo por mi nombre. Pero el final de la frase no estaba allí, era como si faltara un peldaño de la escalera. Busqué una cartera, una agenda, un teléfono móvil, cualquier cosa que pudiera hacer que todo volviera a ponerse en su sitio. Tenía los bolsillos vacíos. Solo un billete de metro y algo de dinero. Llevaba una pequeña mancha de pintura roja en los vaqueros. «¿Y eso cómo habrá llegado ahí?», me pregunté. Mi cerebro se había reiniciado, pero todos los viejos archivos se habían borrado.

Había páginas sueltas de periódicos gratuitos esparcidas por el suelo. Vi un rasgón en la tela del asiento que tenía enfrente. Ahora

mi mente estaba procesando nuevas informaciones a gran velocidad, devorando consignas publicitarias y señales que le decían a la gente que prestara atención a los paquetes sospechosos. Pero, contemplando el mapa del metro que tenía delante, me di cuenta de que, de todas estas nuevas líneas de pensamiento, ninguna era capaz de conectarse con ningún otro elemento de la red. Las sinapsis de mi cabeza estaban cerradas por trabajos esenciales de mantenimiento; las neuronas estaban atascadas en King's Cross por problemas de señalización.

El miedo me incitaba a salir corriendo, pero esta aflicción tenía la característica de seguirme a todas partes. Me puse a recorrer el vagón a grandes zancadas, desconcertado por no saber cuál debía ser mi siguiente paso. ¿Debería bajarme del metro en la próxima estación desierta y buscar ayuda? ¿Debería accionar el freno de emergencia con la esperanza de que el parón repentino despertase mi memoria de una sacudida? «No es más que un problema pasajero», me dije. Me senté y cerré los ojos con fuerza, apretándome las sienes con las manos como si así pudiera meterme el sentido común en la cabeza a presión.

Entonces descubrí, con alivio, que ya no estaba completamente solo. Una atractiva mujer se había subido al tren y estaba sentada en diagonal frente a mí, pero sin establecer contacto visual conmigo.

—Perdone —le dije rápidamente—. ¡Creo que puedo estar volviéndome un poco loco!

Puede que además soltara una risa ligeramente maniaca. Antes de que las puertas hubieran tenido tiempo siquiera de pensar en cerrarse, estaba poniéndose de pie y abandonando el vagón.

Me fijé en el mapa y vi que el tren daría la vuelta en Heathrow. Si hacía el mismo trayecto a la inversa, por donde había venido, tal vez alguna de las estaciones, o cualquier otra marca visual, me ayudara a volver en mí. Además estaba claro que mucha gente se subiría al tren en Heathrow; sin duda entonces sí encontraría a alguien que me pudiera ayudar. Pero en la Terminal 2 de Heathrow pasé de viajar solo en un tren vacío a verme atrapado

en un vagón atestado de pasajeros cargados de equipaje, apretujados unos contra otros, que hablaban cien idiomas distintos, de los cuales ninguno era el mío. Me fijé en cada botón de cada camisa, escuché todas las voces al mismo tiempo; todo estaba a mayor volumen, los colores eran más estridentes, los olores demasiado fuertes. Estaba en un vagón de metro con mapas que indicaban claramente la ruta, con miles de personas que viajaban conmigo, y sin embargo, me sentía lo más perdido y solo que puede sentirse alguien.

Media hora después, cuando la única persona que permanecía inmóvil en una terminal ferroviaria atestado de gente era yo, busqué en los carteles alguna ruta que me condujera de vuelta a mi vida anterior. Había flechas que señalaban andenes y zonas numeradas, docenas de señales que indicaban a los viajeros apresurados dónde podían ir mientras la información recorría las pantallas y los anuncios distorsionados de la megafonía me llenaban los oídos. Había una pequeña cola en un puesto que ofrecía «Información», pero suponía que allí no serían capaces de comunicarme mi identidad. Me aventuré hasta un baño público solo para mirarme en el espejo y me dejó impresionado la edad del extraño barbudo que vi frunciendo el ceño frente a mí. Me eché unos cuarenta años, quizá más: tenía las sienes encanecidas y me clareaba la coronilla. Era imposible saber si aquello me lo había provocado la edad o la experiencia. Sin haber pensado siquiera en ello, me había imaginado que tendría apenas veinte años, pero ahora veía que en realidad había cumplido dos décadas más. Más tarde me daría cuenta de que esto no tenía nada que ver con mi problema neurológico; es solo la sensación que tiene todo el mundo a los cuarenta.

—Perdone, ¿puede ayudarme? Estoy perdido... —le dije a un joven elegantemente trajeado.

—¿Dónde quiere ir?

—No lo sé, no me acuerdo.

—Ah, sí, ya sé dónde está eso. Tienes que coger la Northern Line y hacer transbordo en calle Capullo.

Otros viandantes simplemente hicieron caso omiso a mis peticiones de ayuda: evitaban el contacto visual, sus oídos conectados a cables eran sordos a mis súplicas.

—Disculpe, ¿no sé quién soy! —le dije a un cura de cara comprensiva que arrastraba una maleta con ruedas.

—Ah, sí... bueno, creo que nadie sabe a ciencia cierta quién es, ¿verdad?

—No, quiero decir que no sé quién soy de verdad. Lo he olvidado todo.

Su lenguaje corporal sugería que ya iba teniendo ganas de seguir su camino.

—Bueno, a veces todos podemos sentirnos como si desconociéramos el sentido de las cosas, pero lo cierto es que cada uno de nosotros es en verdad muy especial... ¡Ahora yo mismo estoy olvidando lo tarde que llego a coger mi tren!

Ver a aquel clérigo me hizo preguntarme si lo que me pasaba no sería que me había muerto y estaba de camino al cielo. No parecía probable que Dios tuviera un sentido del humor tan retorcido como para hacernos viajar hasta el cielo en el metro de Londres en hora punta. «El Paraíso S.L. quisiera pedir disculpas por el retraso que sufren los viajeros a la vida eterna. Se recomienda a los pasajeros con destino Infierno que se apeen en Boston Manor, donde se ha habilitado un servicio de autobuses.» En realidad, esta experiencia sí que parecía una especie de muerte. Atrapado como estaba en un estado de suspensión parecido al sueño, no conocía a nadie a quien le importase que yo estuviera vivo o muerto. No contaba con ningún testigo que diera fe de mi existencia. Creo que entonces descubrí que esa es la más básica y primitiva de las necesidades humanas, esa simple certidumbre de que estás vivo y de que serás reconocido como tal por otros seres humanos. «¡Yo existo!», declaran todas esas pinturas rupestres. «¡Yo existo!», dicen las firmas de grafiti en las paredes del metro. En eso consiste precisamente internet: ha proporcionado a todo



el mundo la oportunidad de proclamar su existencia ante el mundo. Friends Reunited: «¡Aquí estoy! ¡Mirad aquí! Sí, me habíais olvidado, pero ahora me recordáis otra vez!». Facebook: «Este soy yo. Mirad, tengo fotos, amigos, intereses. Nadie podrá decir que no he nacido, he aquí la prueba para que la vea todo el mundo». Es la premisa central de la filosofía occidental del siglo XXI: «Tuiteo, luego existo».

Pero yo estaba atrapado en algo peor que una celda de aislamiento. Hasta los pasajeros solitarios que tenía a mi alrededor, a miles de kilómetros de sus casas, seguían llevando consigo a sus amigos y familia, perfectamente empaquetados en sus cabezas. Mi vacío mental tenía síntomas físicos; temblaba y me faltaba el aliento. Una parte de mí quería volver al andén del metro y arrojarme al siguiente tren. Pero en lugar de hacer eso, observé cómo un viajero con prisas intentaba encestar un vaso de café vacío en el carro de un basurero y luego seguía su camino, a pesar de haber fallado y de haber visto cómo el vaso caía al suelo. Me agaché, lo recogí y lo añadí al resto de la basura que estaba siendo lentamente reunida por un viejecillo asiático con un traje luminoso que no era de su talla.

—Gracias —me dijo.

—Disculpe, creo que he sufrido una especie de ictus o algo así... —le dije, para empezar a explicarle el apuro en el que me encontraba. Según me oía describirlo, pensé que sonaba tan inverosímil que sentí una enorme gratitud hacia ese hombre por aparentar que aquello le producía auténtica preocupación.

—¡Necesita ir a un hospital! El King Edward está a dos kilómetros por esa carretera —me dijo señalando vagamente la dirección—. Yo le llevaría... pero perdería mi empleo.

Fue la primera respuesta compasiva que alguien me daba y de repente me entraron ganas de llorar. «Por supuesto, ¡ayuda médica!», pensé. «Eso es lo que necesito.»

—¡Gracias! ¡Gracias! —exclamé, desbordado ante quien se había convertido en mi mejor amigo en todo el mundo.

Pude confirmar la dirección del hospital en el mapa de la marquesina de una parada de autobús; había que seguir todo recto

por la carretera y girar a la izquierda en el enorme chicle pegado. Ahora tenía un lugar a donde ir; con la mera idea de tener una misión que cumplir, empecé a vislumbrar un rayo de esperanza. De forma que emprendí camino por aquella carretera principal llena de tráfico como un viajero del tiempo alucinado o un alienígena de otro planeta, intentando asimilarlo todo; algunas cosas me resultaban extrañamente familiares, otras completamente extrañas. Hubo un breve momento de esperanza cuando vi un cartel en una farola donde ponía «PERDIDO». Pero debajo había una imagen fotocopiada de un gato con sobrepeso. Luego, la gigantesca mole de cemento que tenía delante se convirtió en el hospital y sentí cómo se me aceleraba el pulso, como si la gente que había allí dentro tuviera la cura inmediata a mis problemas.

—Disculpe: necesito ver a un doctor —farfullé ante el mostrador de Urgencias—. Creo que he tenido una especie de colapso mental o algo así. No me acuerdo de quién soy ni de nada que tenga que ver conmigo. Es como si se me hubiera borrado completamente la memoria.

—De acuerdo. ¿Me dice su nombre por favor?

Durante una décima de segundo estuve a punto de responder a esa pregunta de la misma forma automática en la que me la habían planteado.

—Eso es lo que estoy diciendo: ¡que ni siquiera recuerdo mi propio nombre! Es como si toda la información personal hubiera sido borrada de repente...

—Entiendo. Entonces, ¿podría decirme su dirección, por favor?

—Eh... Lo siento... Creo que no me estoy explicando bien. Tengo una especie de amnesia extrema... No recuerdo ni una sola cosa sobre mí mismo.

La recepcionista del hospital consiguió mostrar agobio y aburrimiento al mismo tiempo.

—Vale. ¿Qué médico tiene asignado?

—Pues *no lo sé*, evidentemente. Estaba en el tren y de repente me di cuenta que no sabía por qué estaba allí, ni a dónde iba, nada.

Y ahora no me acuerdo de dónde vivo, de dónde trabajo, de cuál es mi nombre, ni siquiera de si esto me ha sucedido antes alguna vez.

Levantó la vista y me miró como si yo no estuviera cooperando con ella.

—¿Número de la Seguridad Social? —Su tono exasperado concedía al menos que había pocas posibilidades de haber dado en el clavo con esa pregunta. Sonó el teléfono y me dejó allí en el limbo mientras atendía a alguien más tratable. Me quedé mirando un póster que me preguntaba si me había acordado de examinar mis testículos. Pues no lo sabía, pero me daba la sensación de que tal vez este no fuera el mejor momento.

—Perdone, pero no estamos autorizados a procesar su ingreso sin hacer estas preguntas —me dijo cuando me devolvió su atención—. ¿Está tomando en la actualidad algún medicamento, de forma puntual o regular?

—¡No lo sé!

—¿Tiene usted alguna alergia o sigue alguna dieta especial?

—Ni idea.

—¿Y podría darme el nombre y los datos de contacto de su cónyuge o familiar más próximo?

Ahí es cuando me di cuenta. La marca blanca de piel hundida alrededor del cuarto dedo. La cicatriz fantasmal del lugar donde hubo un anillo de casado. Tenía todos los dedos enrojecidos y pelados por los bordes, coronados por uñas mordidas de forma salvaje.

—¡Sí, un familiar cercano! Tengo una mujer, a lo mejor —dije con excitación. Me podrían haber robado el anillo, junto con la cartera y el móvil. Tal vez me habían robado y golpeado y a lo mejor mi querida esposa me estaba buscando en ese mismo momento. La sombra del anillo de casado me llenó de esperanza—. A lo mejor ahora mismo mi mujer está llamando a todos los hospitales, intentando encontrarme —dije.

Una semana después seguía en el hospital esperando su llamada.